



Mar

30

Jun

2020

Evangelio del día

Decimotercera semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Amós 3, 1-8; 4, 11-12

Escuchas la palabra que el Señor ha pronunciado contra vosotros, hijos de Israel, contra toda tribu que saqué de Egipto:

«Solo a vosotros he escogido
de entre todas las tribus de la tierra.

Por eso os pediré cuentas
de todas vuestras transgresiones».

¿Acaso dos caminan juntos
sin haberse puesto de acuerdo?

¿Acaso ruge el león en la foresta
si no tiene una presa?

¿Deja el cachorro oír su voz desde el cubil
si no ha apresado nada?

¿Acaso cae el pájaro en la red,
a tierra, si no hay un lazo?

¿Salta la trampa del suelo
si no tiene una presa?

¿Se toca el cuerno en una ciudad
sin que se estremezca la gente?

¿Sucede una desgracia en una ciudad
sin que el Señor la haya causado?

Ciertamente, nada hace el Señor Dios
sin haber revelado su designio
a sus servidores los profetas.

Ha rugido el león,
¿quién no temerá?

El Señor Dios ha hablado,
¿quién no profetizará?

Os trastorné
como Dios trastornó a Sodoma y Gomorra,
y quedasteis como tizón sacado del incendio.

Pero no os convertisteis a mí —oráculo del Señor—.

Por eso, así voy a tratarte, Israel.

Sí, así voy a tratarte:

prepárate al encuentro con tu Dios.

Salmo de hoy

Sal 5, 5-6a. 6b-7. 8 R/. Señor, guíame con tu justicia

Tú no eres un Dios que ame la maldad,
ni el malvado es tu huésped,
ni el arrogante se mantiene en tu presencia. R/.

Detestas a los malhechores,
destruyes a los mentirosos;
al hombre sanguinario y traicionero
lo aborrece el Señor. R/.

Pero yo, por tu gran bondad,
entraré en tu casa,
me postraré ante tu templo santo
con toda temor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 8, 23-27

En aquel tiempo, subió Jesús a la barca, y sus discípulos lo siguieron.

En esto se produjo una tempestad tan fuerte, que la barca desaparecía entre las olas; él dormía. Se acercaron y lo despertaron gritándole: «¡Señor, sálvanos, que perecemos!».

Él les dice:

«¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?».

Se puso en pie, increpó a los vientos y al mar y vino una gran calma. Los hombres se decían asombrados:

«¿Quién es este, que hasta el viento y el mar lo obedecen?».

Reflexión del Evangelio de hoy

Prepárate Israel a encararte con tu Dios

La primera lectura es un modelo del estilo profético, que parte de las infidelidades de Israel a Dios, reiteradas a lo largo de su historia, que llevan a Dios a estar indignado con su pueblo; pero confía en que cambie de conducta, y para ello aplica la corrección, y el aviso serio de que ha de convertirse a él. Ofrece la versión dura de Yahvé. Todo padre, en algún momento por amor a su hijo ha de utilizar la reprensión y “meterle cierto miedo en el cuerpo”, según expresión clásica. Encararse con Dios implica ser sincero consigo, aunque la sinceridad no dé la versión que quisiéramos de nosotros mismos. Y saber que a Dios no se le engaña. “Tu no eres un Dios que ame la maldad” dice el salmo que reiteramos en la celebración de este día. Pero nosotros sí la amamos. Ahí está la diferencia con nuestro Dios, con nuestro Padre. Hay que pedirle con el salmo responsorial “Señor guíame con tu justicia”. Es decir, impón tu orden. Imponlo en nuestro saber, en nuestros sentimientos, en nuestras obras. Para así, desde nuestra debilidad, que no se apartará de nosotros, podamos encararnos con Dios, vernos cara a cara con Él. Será además el mejor modo de encararnos con nosotros mismos, vernos tal como somos.

¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?

La pandemia que hemos sufrido, cuyas consecuencias siguen presentes ha de recordarnos, que en la vida, en el navegar por el tiempo, habrá momentos de tempestad. Momentos en que tememos hundirnos. Si algo, junto a las trágicas consecuencias de enfermedad y muerte generó -genera aún- la pandemia, fue miedo. Nos sentíamos inermes ante lo que sucedía y podía sucedernos. Y sin tener a dónde ni a quién acogernos. Miedo vivido en soledad. Miedo disimulado ante aquellos con los que convivíamos. Nos sentíamos poca cosa, estábamos como los apóstoles en el texto evangélico acobardados. La pandemia es un ejemplo actual; pero nos encontramos y encontraremos con más situaciones en la vida, en las que la situación dura se nos impone: será enfermedad propia o ajena, será muerte de alguien cercano. Será también experiencias de fracaso de diverso tipo en nuestra vida. O experiencia de una incertidumbre que alberga un porvenir oscuro. Son los vientos y las corrientes contrarios que encontramos en el navegar por la vida. Tiempos de estar acobardados.

Jesús en el texto evangélico se nos muestra exigente: no tienen derecho los apóstoles en plena tempestad a tener miedo, si él está con ellos. Les reprocha que no confíen en él. Esa es la fe: la confianza en quien decimos que creemos. La confianza que supera evidencias inmediatas de impotencia y miedo. Ahí reside el mensaje del texto evangélico. No podemos desconfiar del Dios en quien decimos creer. En medio de la tempestad hay que buscarle, y contar con él, es el momento de tener conciencia de que no vivimos solos, él está en nuestras vidas. Está para darnos valor y no dejarnos acobardar; para darnos esperanza, no dejarnos aplastar por el temor.

Lo escribo y sé que no es fácil llevarlo a la práctica. Es fácil que vivamos la situación de cobardía y miedo de los apóstoles en la barca en medio de la tempestad. Hemos de ir preparándonos para esos momentos. Malo es que cuando la navegación por la vida es plácida nos olvidemos de Dios. Luego no será fácil hacerlo presente cuando se produzca la tempestad. Hay que cuidar sentir a Dios en nuestro vivir. Contar con él. Para pedirle ayuda en la dificultad, pero también para darle gracias cuando parece que no le necesitamos.



Fray Juan José de León Lastra O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)